

90 Grados

Colgó el teléfono con una sonrisa asomándole a los labios. La miró de reojo y lo soltó sin miramientos:

- Era mi madre, para darme las buenas noches.

- ¿Te llama todas las noches?

- Por supuesto, es la única mujer buena y que me quiere – añadió intentando aparentar seriedad.

- Pues ya eres mayor para eso, ¿no?

- Es posible, pero no creo que le haga daño a nadie. Mi madre es mucho más que eso, es mi mejor amiga.

- ¿Y eso no supone ningún problema a la hora de encontrar a la otra mujer que te quiera, aunque no sea buena?

- En absoluto. Mi madre no se mete en esas cosas. Ella lo que quiere es que yo sea feliz y confía en que yo busco lo mismo. – Vio un asomo de protesta en sus labios y se dio cuenta de que la broma podía convertirse en una discusión. Eso no era lo que había planeado, así que se calló y encogió los hombros para dar el asunto por zanjado.

Según hablaban se acercaban a la esquina donde tenían que separarse. Había sido una noche bonita. El día en sí no había estado mal, pero fue cuando se quedaron a solas cuando las cosas tomaron otro cariz más interesante. Ahora llegaba la hora de cerrarlo y ese momento para él siempre suponía un gran problema. No sabía qué se suponía que debía hacer, y a medida que se aproximaba la despedida, se fue sintiendo nervioso.

Ella parecía querer retomar la conversación, pero él ya estaba demasiado sumido en sus pensamientos como para prestarle atención. De repente, ella hizo algo que le devolvió a la tierra. Se agarró de su brazo y siguió mirando hacia el frente.

- ¿Te importa? Me da miedo bajar las rampas. – Él respondió afirmativamente con un leve movimiento de cabeza.

¿Era simplemente eso? ¿De verdad le daba miedo bajar esa ridícula pendiente o era una excusa? Como pretexto era bastante pobre, aunque si lo que ella pretendía era que él se diese cuenta de que quería agarrarlo, la estrategia parecía correcta. No tuvo tiempo de decidirse por una explicación porque ella le soltó de seguida. Ante ellos un paso de peatones, la última barrera antes del cruce de calles donde se despedirían.

El muñeco encarnado lucía en el semáforo como si quisiera darle algo de tiempo adicional antes del temible y temido momento, pero ella decidió que sin coches a la vista no había razón para quedarse allí parados y comenzó a cruzar hacia la otra acera. Su gozo en un pozo. Cuando pensaba que aún le quedaba algo de tiempo para decidirse, el cruel destino se ensañaba arrebatárselo sin previo aviso. “Él nos lo da y él nos lo quita”,

pensó resignado.

En lo que dura un parpadeo, ya se hallaban en la esquina. Ella comenzó a hablar algo a lo que él no prestó atención, sólo le importaba una cosa: ¿le daba dos besos en las mejillas o uno entre ellas? No le había quedado claro si ella esperaba algún gesto de él, aunque en realidad el problema radicaba en saber lo que él mismo deseaba.

Mientras ella hablaba y gesticulaba con las manos, él la miró detenidamente. Seguía sin escuchar lo que tenía que contarle. Simplemente la vio ahí, bajita, con los mofletes enrojecidos por el frío y dos bellos ojos claros que parecían disipar la niebla que los envolvía. No era una chica guapa, apenas atractiva. Media melena castaña, las curvas justas para no ser un hombre y una cara a la que la adolescencia no había tratado bien. Sólo sus ojos la hacían especial, pero pesar de todo eso, había algo en ella que le enternecía, que le invitaba a protegerla con un abrazo y a besar sus labios suavemente.

Ella continuaba hablando y él había perdido la noción del tiempo. Posiblemente no habían transcurrido más que unos segundos desde que ella comenzó su perorata, pero para él estaba siendo una eternidad. Las opciones y las posibilidades se sucedían en su cabeza ¿Qué podía ocurrir si se arriesgaba? Bien que no fuera lo que ella esperaba y que él hiciese el ridículo más absoluto, como ya le había sucedido en alguna ocasión, o bien que a ella le gustase la idea y respondiera de igual forma, algo poco común en su historial.

Por un lado, su sentido del decoro le conminaba a abandonar la duda, extenderle la mano, despedirse con apretón y alzar el vuelo. Por el otro, la idea de que ella le devolviese el beso le parecía aún más aterradora que el rechazo. Podría engañarla a ella, pero no era posible que se ocultase la verdad a sí mismo. Él no estaba enamorado de ella, aún no tenía fuerzas para volver a caer en las redes de una mujer. Es cierto que necesitaba relacionarse con el sexo opuesto, que le gustaba la idea de tener una relación casual, sin compromisos. Le seducía la idea de tener una mujer al lado en la que apoyarse y con la que poder intercambiar algo más que palabras, pero sólo eso.

Su corazón seguía roto en mil pedazos, continuaba humedeciendo la almohada en sueños y las escenas felices volvían a su mente una y otra vez, atormentándole como los fantasmas de Dickens. Necesitaba el clavo que sacase al que aún seguía incrustado en su cruz, la mora que limpiase la mancha de su camisa, pero no estaba dispuesto a comprometerse a nada. Estaba en una época en la que tenía que ser egoísta, pensar en sí mismo, usar a los demás, buscar sexo, pero que fuese más parecido a una masturbación sincronizada que al manido eufemismo hacer el amor.

La volvió a mirar. Ella no parecía haberse dado cuenta de que su mente se hallaba muy lejos de allí, de que él juzgaba si merecía la pena partirle el corazón a otra persona para arreglar el suyo. Seguía haciendo gestos con las manos, y su cara presentaba una expresión que se le antojó ligeramente infantil. Sus ojos parecían decirle algo, le pedían que la llevara consigo, que no permitiese que volviese a su casa sola, que hiciera más llevaderas las semanas que estaban por venir. No le hablaban de cama, sino de futuro, y definitivamente eso no era lo que estaba buscando.

¿Qué más daba lo que ella quisiera? Acababa de decir que necesitaba ser egoísta, y tenía ante sí una oportunidad que probablemente no se le volviera a presentar en bastante tiempo. Con él habían sido crueles y ahí estaba, el tiempo todo lo cura. A fin de cuentas,

no sabía siquiera si ella estaba interesada. Todo podía ser un producto de su imaginación. ¿Quién le aseguraba que ella no buscaba lo mismo que él?

Sus elucubraciones se vieron interrumpidas de nuevo cuando ella dejó de hablar. No había escuchado nada desde que ella se agarró a su brazo, e ignoraba si debía decir algo. Titubeó unos instantes, pero rápidamente volvió a sonreír enigmáticamente.

- Pues entonces buenas noches – dijo, deseando que fuese una respuesta oportuna. Y al tiempo, se inclinó y acercó su cara a la de ella. La chica le miró y aproximó sus labios a los suyos, pero él con un veloz movimiento, acarició su mejilla izquierda y le plantó un casto beso en cada lateral. – Nos vemos mañana, ¿no? – Hizo un gesto de despedida con la mano y emprendió su camino.

Una vez más, se iba sin saber si es así como terminan las citas. De hecho, ni siquiera estaba seguro de que lo de aquella noche hubiera sido lo que en las películas llaman citas. Lo que sabía es que había hecho lo correcto: que él lo estuviese pasando mal no era motivo suficiente para hacer sufrir a otra persona y, de una forma u otra, un error en aquel momento no hubiera traído nada bueno para nadie.

Miró hacia arriba y la luna, en cuarto creciente, le dio la razón sonriente.

Alberto Alvarez-Perea
Oviedo, a 30 de octubre de 2006
<http://www.moonshadow.es>

Esta obra está bajo una licencia Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 de © Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbott Way, Stanford, California 94305, USA.